

teres del espíritu del salvaje. Multitud de simples observaciones hechas por él de un momento á otro; y el corto número que de entre ellas tienen un valor real perdidas en la masa de aquellas que no lo tienen, atraviesan su espíritu sin dejar en él materiales para ideas dignas de ese nombre. Ya en otra parte de este libro hemos dado ejemplos de la extrema actividad de la facultad de percepción de las razas inferiores, y podemos añadir algunas todavía para mostrar la inactividad de la facultad de reflexión que en ella coexiste. Nota Mr. Bates, hablando del indio del Brasil, «que no piensa en nada más que en lo que concierne inmediatamente á sus necesidades materiales diarias.» — «Observa bien, pero no puede deducir cosa provechosa alguna de sus percepciones,» dice Burton, del africano oriental; y añade que el espíritu africano «no escapa, y aparentemente no puede escapar del círculo de los sentidos, de modo que no se puede ocupar de otra cosa que de lo presente.» Todavía es más terminante el testimonio de Galton, respecto de los Damaras; «ellos no generalizan jamás,» «parecen de una estupidez acabada.» Así, dice, «un Damara que conociera perfectamente el camino de A á B, y además el de B á C, jamás se formaría idea de una línea recta que fuera de A á C: el mapa de su país no lo tiene grabado en su espíritu, pero en cambio posee una infinidad de detalles locales.» El mismo Beduino, que sin embargo pertenece á un tipo superior, según Mr. Palgrave, «juzga de las cosas como si las tuviera delante sus ojos, no por sus causas ó consecuencias.» Algunos pueblos semi-civilizados, los Tahitianos, los naturales de las islas Sandwich, los Javaneses, los Sumatras, los Malgachos, etc., manifiestan, es verdad, «una inteligencia viva, penetración y sagacidad.» Pero esta aptitud no va más allá de las cosas simples, como lo prueba la afirmación de Mr. Ellis, acerca de los Malgachos. «Los hechos, dice, las anécdotas, los sucesos, las metáforas, las fábulas, que se refieren á objetos sensibles ó visibles que de ellos derivan, parecen formar la base de la mayor parte de sus ejercicios intelectuales.» Lo que prueba hasta que punto ese defecto de facultad de reflexión es general entre las razas inferiores, es lo que nos cuenta el Dr. Pickering, quien, después de muchos ensayos, no había encontrado más que un pueblo salvaje, los Fijenses, en estado de poder dar sus razones, y con quienes, por tanto, fuese posible seguir una conversación.

«La excentricidad del genio» es una frase corriente que implica que todo el mundo sabe por experiencia que los hombres dotados de facultades originales son susceptibles de obrar de otra manera que la generalidad. Hacer lo que todo el mundo, «es dar la imitación por guía de conducta, separarse de los usos del

mundo, es negarse á la imitación.» Cosa notable, á medida que uno se hace más capaz de formular ideas nuevas, se hace uno ménos capaz para la imitación. Esta proposición podemos seguirla remontando el curso de las edades de la civilización primitiva. No había gran originalidad en la edad media, la tendencia á separarse de las costumbres y manera de vivir establecidas era poco fuerte, la costumbre se imponía á todos los rangos de la sociedad. Todavía era esto peor en las sociedades orientales. Las ideas inmutables, y la fuerza de la prescripción irresistible.

Entre las razas inferiores semi-civilizadas se señala de una manera profunda la facultad de imitación. No hay quien no haya oído hablar de la manera grotesca como los negros, cuando tienen ocasión, se visten á manera de los blancos, caminando con un aire importante imitando sus gestos. Cuéntase de los isleños de la Nueva Zelanda, que tienen una grande aptitud para la imitación. Muestran los Dayaks también «mucho gusto por la imitación,» y se cuenta lo mismo de los otros pueblos Malayo-polinesios. Según Mason, «los Karenos que no saben crear nada, tienen una facilidad tan grande como los Chinos para la imitación.» Leemos en las relaciones de los viajeros, que los Kamtschadales tienen «un talento particular para contrahacer el hombre y los animales;» que los Nukta-Sund «son muy ingeniosos para imitar;» que los Indios serpientes de las montañas «imitan con toda perfección los gritos de los animales.» Lo mismo se repite para la América del Sud. Herndon se sorprendió de la habilidad mímica de los Indios del Brasil. Wilkes dice que los Patagones son «admirables mímicos.» Y al describir á los Guaranis, dice Dobrizhoffer que pueden imitar con exactitud, y añade que se conducen como idiotas desde el momento que se les deja guiar por su inteligencia. Pero es en las razas inferiores donde se deja sentir de una manera más enérgica esta aptitud para la imitación. Varios viajeros nos han hablado de la «extraordinaria inclinación que tienen los Fuegienses para imitar,» pues se dice «que repiten con una corrección perfecta todas las palabras de la frase que se les dirige,» contrahaciendo la voz y el gesto de quien les habla. También muestra el Andaman, según Mouat, una gran aptitud al mismo fin; y como el Fuegiense repite una pregunta en lugar de responder á ella, Fychte ha confirmado lo dicho por Mouat. Mitchell refiere lo mismo respecto de los Australienses, que poseen, dice, un talento particular para la imitación, y «dan prueba de una extraña perversidad...» «repitiendo palabras,» «que saben responden á ciertas cuestiones.»

En esta facultad de imitación, que quienes ménos la poseen son los miembros superiores de las razas civilizadas, y que las razas inferiores poseen en

alto grado, se nos ofrece la expresion del antagonismo que existe entre la actividad perceptiva y la actividad reflectiva. En general, entre los animales gregaris, que cuando uno se levanta lo hacen todos los demás, ó los carneros que saltan cuando lo hace el que marcha á su cabeza, en todas partes vemos una repeticion casi automática de las acciones de otro animal; ese carácter, que se encuentra en todas las razas humanas inferiores, es decir, esa tendencia á hacer el mono, como con gran sentido se dice, es el signo de que esas razas no están muy distantes del tipo de espíritu de las bestias. Es la prueba de una accion intelectual que se determina de un momento á otro, principalmente por la influencia de los incidentes ambientes, y que por consecuencia obedece mal á las causas que suponen en el espíritu una facultad de trasladarse á distancia, la imaginacion, las ideas originales.

Nuestra concepcion del hombre primitivo intelectual se hará más clara cuando por medio de las inducciones ya obtenidas, examinaremos los hechos que demuestran el débil alcance de su pensamiento.

El lenguaje vulgar no alcanza á distinguir los productos de la actividad intelectual que no son del mismo grado. Cuando un niño comprende al vuelo ideas simples, se dice que es inteligente; y cuando tiene dificultad en aprender algo de memoria, bien que tal vez comprenda las verdades abstractas más pronto que su maestro, se le trata de estúpido. Contrastes de esta naturaleza hay que esperarlos si queremos interpretar rectamente los testimonios contradictorios que se nos presentan respecto del hombre incivilizado. De los mismos Fuegienses se nos dice que «no carecen de ordinario de inteligencia.» También los Andamanos son, segun se asegura, «extremadamente vivos y hábiles,» y se ha afirmado que los Australienses son en suma tan inteligentes como el término medio de nuestra gente del campo. Mas la capacidad á que se hace referencia, y que poseerian hasta los hombres de los tipos más inferiores, no reclama otra cosa más que las facultades simples y, como lo veremos luego, se alfa muy bien con la incapacidad de responder á las preguntas que se dirigen á facultades complexas. Un pasaje que sir John Lubbock cita, tomado de las narraciones de Mr. Sproat, acerca de los Ahts del Norte América, puede servir de ejemplo de lo que es por término medio la capacidad intelectual del salvaje:

«El espíritu natural, en el hombre hecho, parece en general dormir...
 »Cuando se despierta su atencion, muestra á menudo mucha vivacidad en sus
 »respuestas y no escasa habilidad en el razonamiento; mas una conversacion,
 »por corta que sea, le fatiga, en particular si las cuestiones que se le ponen

»exigen de él esfuerzos de memoria ó de pensamiento. Parece, pues, que el
 »espíritu del salvaje se balancea en un vaiven sin salir de su debilidad innata.»

Lo mismo puede decirse de los Americanos del Sud. Spix y Martius nos cuentan «que apenas se principia á interrogar al indio del Brasil acerca de su lengua, que se muestra ya impaciente, se queja de dolor de cabeza, y prueba que es incapaz de soportar el trabajo del espíritu.» Bates, hablando de los mismos Indios, nos dice:— «Es difícil llegar á saber las ideas que se forman de los asuntos que reclaman alguna abstraccion. Dobrizhoffér hace notar tambien que los Abipones, «cuando se sienten incapaces de comprender alguna cosa á primera vista, se muestran muy pronto fatigados del exámen, y se alborotan diciendo: ¿y despues de todo, á mí qué?» Hechos análogos se citan observados por razas negras más adelantadas. «Diez minutos bastan, dice Burton hablando de los Africanos orientales, para cansar al más inteligente de todos ellos, cuando se les pregunta por su sistema de enumeracion.» Y hasta se observa que una raza tan superior como los Malgaches, no parece poseer las cualidades de espíritu requeridas para pensar con vigor y método.

Cuando recordamos que, para formular la idea de una especie, de la trucha por ejemplo, es necesario pensar en los caracteres comunes á las truchas de varios tamaños; que para concebir el pez como clase, es necesario que nos figuremos varios géneros de peces de diversa conformacion, y que bajo su semejanza apercibamos por el espíritu la semejanza que les une; es cuando vemos que al elevarnos de la apercepcion de los objetos individuales á la de las especies, y luego á la de los géneros, de los órdenes y de las clases, cada escalon que subamos supone que poseemos una aptitud superior para agrupar con el pensamiento cosas numerosas, representándonoslas poco más ó ménos simultáneamente. Esto admitido, podremos comprender por qué, careciendo de la representacion requerida, se encuentra el espíritu del salvaje tan pronto agotado por todo pensamiento que se eleve un poco por encima de los más simples. Sin hablar de las ideas que refieren á los individuos, las proposiciones que nos son más familiares, proposiciones tan simples como la siguiente: «las plantas son verdes,» ó «los animales crecen,» no toman jamás una forma definida en su conciencia, por la sencilla razon de que no tiene idea alguna de una planta ó de un animal, fuera de una sola especie. Y dicho se está que, en tanto no esté familiarizado con las ideas generales y las ideas abstractas de los rangos más inferiores, que las de un rango superior en generalidad y en abstraccion son para él inconcebibles. Un ejemplo que tomamos á Galton hará ver de una

manera más clara la naturaleza de la inteligencia primitiva que acabamos de exponer de una manera analítica, pues hablando de los Damaras nos muestra que cuando se recorre á lo concreto para hacerle desempeñar la parte de lo abstracto en cuanto sea posible, no puede servir por largo tiempo dejando el espíritu incapacitado para pensamientos de un orden más alto. Dice pues:

«Que se sienten muy embarazados para poder contar hasta cinco, porque no tienen más mano para tomar y guardar los dedos que figuran las unidades. Rara vez les sucede perder buey alguno; pero no es por la disminución del número de sus animales como ellos notan su pérdida, sino por faltarles una figura conocida. Cuando comercian, es necesario pagarles sus carneros uno por uno. Si se les dan dos rollos de tabaco por precio ó cambio de un carnero, se les pondría en una cruel perplejidad si por dos carneros se les dieran cuatro rollos de tabaco.»—*Tropical S. Africa, página 132.*

Un ejemplo del estado intelectual que resulta de la incapacidad de levantarse por encima de lo concreto nos lo suministra Mr. Hogdson á propósito de las tribus montañosas de la India. «La luz, dice, es una abstracción superior que ninguno de aquellos que me informaban sobre la misma podían comprender, aun cuando pudiesen darme por equivalentes el sol, la bujía, ó la llama de un fuego;» otro ejemplo encontramos en Spix y Martius. En vano, decían, se buscarán en la lengua de los Indios del Brasil palabras para expresar las ideas abstractas de planta, animal, y para las nociones todavía más abstractas de color, tono, sexo, especie, etc.; la única huella de una generalización de ideas que en ellos se encuentra, es la que se expresa en los infinitivos de los verbos de que hacen frecuente uso como caminar, comer, beber, bailar, cantar, escuchar, etc.»

En tanto, pues, no se haya formado una idea general, como consecuencia de la conexión de varias ideas especiales que presentan un rasgo común en medio de sus diferencias, en tanto esta operación no ha hecho posible la trabazón en el pensamiento de ese rasgo común con algún otro rasgo poseído también en común, la idea de relación causal no puede nacer; y, en tanto no se hayan observado muchas relaciones causales, la concepción de relación causal abstracta no podrá formarse. Es por esto que el hombre primitivo no podía hacer la distinción que nosotros hacemos entre lo que es natural y lo que no lo es. Antes de que la comparación de varias experiencias haya dado nacimiento

á la noción de un orden constante en los fenómenos, la noción antitética del desorden no puede existir. De la misma manera que no sabe nada del curso de las cosas, da crédito con la misma facilidad á una ficción imposible que á un hecho familiar, de la misma manera el salvaje que no tiene mejor clasificado y sistematizado su saber que el niño, no encuentra nada incompatible en una absurda falsedad que se le presente como una verdad general establecida: en suma, para él no hay verdad alguna general establecida.

De aquí una credulidad, que sería en nosotros innatural, y que en ellos es perfectamente natural. Cuando vemos á un joven salvaje tomar por *totem*, y luego por sagrado al primer animal que se le presenta en sueños cuando ayuna; cuando vemos al negro, como dice Bosman, comprometido en una importante empresa, elegir por dios y por ayuda al primer objeto que percibe en el momento de salir, hacerle sacrificios, y dirigirle sus preces; cuando vemos al Veddah que yerra su golpe atribuir el fracaso, no á haber apuntado mal, sino á que no ha sabido ganar el favor del dios, es necesario que tengamos las concepciones que esos actos y esas ideas suponen por las consecuencias de un estado mental según el cual la organización de las experiencias no está bastante adelantada para que la idea de causación natural pueda desprenderse.

Ahora es necesario especificar é ilustrar una obvia consecuencia de ese estado mental. Puesto que no hay idea de causación natural, dicho se está que no puede haber sorpresa fundada en razón.

En tanto que el espíritu no llega á la creencia de que ciertas relaciones de las cosas son constantes, no puede haber sorpresa alguna en presencia de hechos que parecen un desacuerdo con esta creencia. Esto véese por la conducta de las gentes sin cultura que están entre nosotros. Mostrad á un campesino un experimento notable, la ascension de los líquidos en un tubo capilar, ó la ebullición espontánea del agua en un recipiente donde se haga el vacío, y en lugar de la sorpresa profunda que os esperais, encontrareis una distraída indiferencia. El hecho que os ha llenado de sorpresa la primera vez que lo habeis visto, porque no os parecía de acuerdo con las ideas generales que tenais de los fenómenos físicos, no le parece sorprendente por lo mismo que no posee ideas. Si ahora suponeis al campesino desprovisto de las ideas generales que tiene, y las causas capaces de sorprenderle todavía más raras, llegareis al estado mental del hombre primitivo.

Para las razas más inferiores el desprecio para toda clase de novedades está fuera de discusión. Según Cook, los Fuegienses muestran la más completa indi-

ferencia en presencia de las cosas absolutamente nuevas para ellos. El mismo viajero observa entre los Australienses la misma particularidad: otros han dicho que conservaban una notable impasibilidad cuando se les mostraban objetos extraños. Según Dampier, los Australienses que tenía á bordo «no fijaron su atención en cosa alguna del buque» fuera de aquello que tenía que comer. El cirujano de Cook decía también que los Tasmanios no mostraban su sorpresa por cosa alguna. Afirma el capitán Wallis que los Patagones «mostraron la más inexplicable indiferencia por todo lo que les rodeaba á bordo; hasta el espejo que les divertía mucho, no excitaba empero su sorpresa;» y el capitán Wilkes asegura la misma cosa. También veo que se cuenta de dos Veddahs «que no demostraron sorpresa alguna á la vista de un espejo.» En fin, Pinkerton dice, «que un espejo fué la única cosa que pudo causar un momento de sorpresa á los Samoyedos; y cuenta que no fué sino por un instante, y que muy pronto dejó de llamar su atención.»

Cuando, pues, un espíritu no puede experimentar sorpresa alguna, es natural que no pueda experimentar curiosidad inteligente de ninguna clase; y que cuando la facultad de pensar es la más débil, la sorpresa misma puede producirse sin dar lugar á un exámen. Burchell, que afirma que los Bosquimanos «no expresan curiosidad alguna,» dice que «les enseñó un espejo; que á su vista se echaron á reír; que abrieron sus ojos con un aire de sorpresa indiferente, sorprendidos de ver sus propias figuras, pero que por eso no demostraron curiosidad alguna.» Cuando se nos habla de la curiosidad de los salvajes, es que se ha observado en razas un poco menos degradadas. Cook la había notado entre los naturales de Nueva Caledonia, Earl y Jukes entre los de Nueva Guinea. El espíritu de exámen está todavía más pronunciado en una raza relativamente más adelantada, en los Malayo-polinesios. Según Boyle, los Dayaks muestran una insaciable curiosidad. También los Samoanos «son de ordinario muy curiosos;» en fin los Taitianos «son sumamente curiosos y se muestran deseosos de saber,» á lo que se añade como comentario que se ha notado que en ellos la sorpresa parece mayor que entre las razas inferiores.

Evidentemente esta falta de deseo de informarse sobre las cosas nuevas que, como acabamos de ver, es el signo característico del estado mental más inferior, es en sí mismo un obstáculo para la adquisición del conocimiento generalizado que da lugar á la sorpresa de la razón, y por consiguiente, hace posible la curiosidad de la razón. «Si el indio Cucama, dice Bates, carece en absoluto de curiosidad, es que «se preocupa poco de las causas de los fenóme-

nos naturales que pasan á su alrededor.» Incapaz de pensar, y desprovisto del deseo de saber, el salvaje no tiene tendencia especulativa alguna. Vé cosas que sin cesar se imponen á su atención y no hace cosa alguna para explicárselas. De modo que cuando se les ponen problemas como los que Park ponía á los negros, á saber: ¿Qué era del sol por la noche? ¿Es el mismo sol el que vemos al día siguiente ú otro? no se obtiene respuesta alguna. «Comprendí que la cosa les parecía muy pueril...» «Jamás se habían atrevido á conjeturar ni á formar la menor hipótesis sobre tal cuestión.»

Haremos, pues, muy bien en no olvidar el hecho general de que acabamos de dar la prueba. Concuere perfectamente con las ideas admitidas sobre las nociones del hombre primitivo. De ordinario nos le presentan engolfado en teorías sobre los fenómenos que le rodean, mientras que en realidad no siente necesidad alguna de explicarlas.

Todavía hay un carácter de esta forma rudimentaria de la inteligencia que hemos de ilustrar rápidamente; me refiero á la falta de imaginación constructiva. Esta laguna encuéntrase, como es natural, en todo espíritu que vive de percepciones simples, que está dotado de la facultad imitativa, que se contenta de ideas concretas, y que es incapaz de ideas abstractas, que tal en suma es el espíritu del hombre primitivo.

La colección de útiles y armas clasificadas por el coronel Lane Fox, muestra las relaciones que sostienen con los originales de los tipos más simples, y dá á pensar que no hay para que atribuir á los hombres primitivos el espíritu de invención que sus simples útiles parecen indicar. Son el resultado de pequeñas modificaciones de los tipos primitivos, y la elección de esas modificaciones ha producido irremisiblemente los diversos grados de instrumentos, sin que se haya querido intencionalmente producirlos. Sir Samuel Baker nos suministra una prueba de otro género, pero de la misma significación, en su artículo sobre las *Razas de la cuenca del Nilo*.—*Ethn. Trans.*, 1867;—cuando dice que las habitaciones de las varias tribus siguen un tipo con tanta constancia como los nidos de los pájaros: cada tribu tiene un tipo particular, como cada especie de ave. Baker, en dicho artículo, nos hace ver que hay diferencias permanentes análogas entre sus tapa-cabezas; afirmando que en este caso, en los sombreros por ejemplo, difieren de forma en la misma proporción en que difieren las lenguas. Todos esos hechos nos muestran que, en esas razas, las ideas encerradas dentro de estrechos límites impuestos por el uso, no tienen la libertad necesaria para entrar en nuevas combinaciones, y de aquí que den